

textos

el presente

sexo y sombra

Ignacio Castro Rey, Madrid, 10 de marzo, 2011

Publicado en la FonteraD

El amor es una sombra. Cómo mientes y lloras en su pos.

Elm. Sylvia Plath

Es inevitable sentir en el amor la posibilidad de abrazar, al menos de modo pasajero, aquello que no se puede conocer ni poseer. La tentación del amor brota del hecho de que el humano no es autosuficiente, sino que depende de un exterior desconocido. El amor es expresión de la dualidad constitutiva de los hombres, de una potencia que endeuda a cada "individuo" con la extrañeza de un resto indivisible. A diferencia del dios, el ser humano nunca es de lleno en acto. Una limitación insuperable le habita, haciéndole incompleto.

El amor le da cuerpo, en este sentido, a la inevitable inclinación de la humanidad hacia lo otro que le rodea por dentro, lo ausente en toda presencia. La potencia amorosa y sexual es entonces síntoma de una impotencia profunda, de una potencia de no-ser. Y este es tal vez el motivo de fondo del erotismo: no poder ser plenamente acto, circulante en la economía pública de las mercancías. Deleuze decía que el encanto de una persona consiste en su relación con los bordes de lo no sabido. Ciertamente, nada hay más afrodisíaco que la inocencia.

De ahí la fascinación "salvaje" que todavía ejerce el amor. A través de lo secreto promete un modo de comunidad que a lo público le está vedada. Y muy cerca, una cuestión que obsesiona a la especie en la relación con el otro sexo —el sexo siempre es otro: la posibilidad de reproducirse más allá de la muerte, a través de la "pequeña muerte" de la cópula. Para Platón, tan caro a Badiou, el amor era ya una especie de "fiebre", de "locura" por la que se experimentaba aquí el allá, la idea en la cosa.

Cuando amamos es como si de pronto alguien condensara, dándole nombre, la pasión intermitente que hemos sentido por algunos momentos, ante nubes, puestas de sol, animales indefensos. El misterio del mundo al fin ahí, amansado en el calor de un rostro, visible y audible. Toda la profundidad en la superficie, en una "eternidad" que coexiste con la más frágil duración. Las cosas tardarán en volver a su molición después de esta revelación.

El placer nunca es meramente "corporal". Igual que no hay percepción sin concepto, no hay sexo sin algo del amor, ni hay amor sin el peligro físico del conocimiento. "Conocer varón", "conocer mujer". Ser poseído, reconocido, amado. Y los inevitables secretos de alcoba ¿Qué labor de espionaje no ha de forzar una conquista amorosa para conseguir información, para lograr el chantaje? Sexo y confidencias. Hasta la prostitución, por lo que cuentan, ha de imitar esa intimidad. Por eso el sexo no es fácil si uno no

está "a bien" consigo mismo. Como si el amor físico sirviera a la sobriedad del sí mismo, viniese "por añadidura" a una suerte de soledad ontológica.

El "fruto prohibido" del amor no es tanto el hijo no deseado como la descendencia íntima a la que obliga, la cadena de relaciones que abre. Es posible que el "fruto del pecado", la descendencia, nunca haya dejado de ser una metáfora del peligro de metamorfosis, de subversión de la racionalidad convencional que aguardaba en el amor. Metamorfosis, alteración que nos deja ciegos -curiosamente, como las serpientes cuando mudan de piel. Como si el sentido inesperado de un encuentro cegase los otros sentidos, también al sexto. Llegado el caso, cualquiera puede ver en nuestra "aventura" lo que nosotros no vemos en absoluto. Probablemente el acontecimiento amoroso no es discernible hasta después, cuando se acaba su aguacero. Después, cuando ya podemos seguir amando al otro en la distancia, sin tener que "hacer el amor" a todas horas. Todo ocurre como si amor y conocimiento vivieran en proporción inversa. Más bien, como si el conocimiento fuera la escalinata que hay que sabe tirar a tiempo para que ocurra el acontecimiento del encuentro.

La fuerza política del amor, en el cristianismo y en diversos movimientos "contraculturales" posteriores, podría basarse en afirmar lo no determinable, allí donde la generalización es imposible y la seguridad de lo sabido se suspende. La "locura proclamada en alta voz", dice San Pablo (I Cor. 1, 20-24) para explicar el amor cristiano y el misterio de la encarnación. Ya se ha dicho "ayer": el amor no colma el vacío; lo realiza, le da un cuerpo. Hay una posibilidad extrema en el amor porque la sexualidad es "imposible". El amor es la potencia de lo imposible, esa "afirmación no positiva" de la que hablaba Foucault.

Según Borges, sin embargo, el máximo peligro está en la esperanza, en las enormes expectativas que el amor suscita. No podemos, ciertamente, vivir sin la ilusión. Pero tampoco está demostrado que podamos vivir mucho tiempo con la pasión extrema del enamoramiento. Más aún después de que este mundo "sublunar" ha sido desencantado por el cálculo, el narcisismo conectado, la organización minuciosa del tiempo.

De ahí quizá la abstinencia, el desierto ascético que rodea al visionario, al que siente una misión de amor hacia la humanidad: sea Cristo, Kant, Simone Weil o Teresa de Calcuta. ¿Una castidad por hipersexuación, diríamos? Pues tal vez nadie en concreto pueda estar a la altura de ese amor místico por el mundo. En el caso de Nietzsche, de Pasolini, de Foucault, esa ascética, ese "rodeo salvaje" en torno a sí mismo, se coaliga con una sexualidad compulsiva, casi siempre clandestina.

En este punto conviene recordar en qué sentido el varón, sobre todo el intelectual -y el varón siempre es un "intelectual" enganchado a la generalidad, mientras la mujer ha pactado con el diablo del "uno a uno" de vivir- el varón, decía, está expuesto en este campo a un ridículo, a un tormento sin precedentes. Y esto mucho antes del actual temor masculino al "compromiso". Salvo que él entre en la senda de Don Juan... pero entonces revive el drama femenino del uno a uno, lo que le impide convertirse en un hombre "decente" y fundar una familia.

Como no existe sin contaminación afectiva, sin que seamos penetrados por la contingencia sensible, el sexo "da que pensar". En su fidelidad al uno a uno puede dificultar -escándalos aparte- la relación con las instituciones. Pensemos en el significado de que una porción importante del amor en el mundo contemporáneo la hayan encarnado varones homosexuales que vivían de cerca el peligro de las afueras: de Whitman a Lorca, de Pasolini a Foucault, de Genet a Cage o Gore Vidal... El riesgo del amor, el epicureísmo de la sensibilidad parece que ha tenido que protegerse en un estoicismo del pensamiento, en una retirada ascética de la maquinaria consumista, aunque con frecuencia se revista de un halo de provocación. ¿No hay algo de este drama incluso en el gesto triste de Warhol?

Todo amor tiene algo de "prohibido". De cualquier modo, encarna uno de los mayores peligros: un fracaso en este terreno significará, durante un tiempo, algo así como desear no haber nacido. Es lo mejor y lo peor en esta tierra, por eso en el umbral del amor tenemos el instinto de fortalecer las relaciones mundanas, de cultivar la sobriedad de las relaciones amistosas. La auténtica alegría es austera, decía Séneca.

El amor "te llama por tu nombre" (L. Cohen), libera la existencia que latía bajo el personaje civil, hace tartamudear tu autoconocimiento. "Nunca fui como te amo". "Siempre fui como te amo", dice alternativamente el poeta Uxío Novoneyra. A partir de esa experiencia, es difícil la vuelta a cualquier normalidad -recordemos la mítica película Breve encuentro. Después de un fracaso ahí, lo habitual es tener que retirarse durante un tiempo, volcarse en el trabajo y en la vida mundana. Después de ese salto, ¿cómo conformarse simplemente con "ir tirando"? Sería curioso escarbar en las motivaciones ocultas de algunas tragedias o desapariciones recientes.

Cuando Hamlet dice "has de ser cruel para ser amable", resucita una vieja complicidad entre la energía de la espada y el reposo del mundo, entre la publicidad de la Historia y el secreto del amor. Pero esto no demuestra que el amor no sea lo más difícil, una "guerra" frente a la cual toda otra es preparación [1]. Sin enemigos, dice Badiou, pero esta es una noticia terrible entre nosotros, no ajena a las dificultades que rodean al nacimiento del cristianismo. ¿Cómo vivir sin enemigos?

Sin enemigos... más que la bajeza de uno mismo, los intereses de la empresa identitaria. ¿Por qué es tan difícil volver a recuperar como amistad una relación que se ha estrellado en el salto amoroso, una vez traspasado el umbral de la entrega y la intimidad descarnada? Uno se ha implicado de tal manera que fingir después normalidad social sería casi insultante. Apenas hay ningún margen, a diferencia de la decepción que se puede producir en la amistad. En cierto modo, solamente el odio, al menos una sorda aversión, está a la altura de la intensidad que se sintió en el amor. Lo cual, por cierto, es congruente con esa idea de que, quien fue amado, lo será siempre. El amor retorna... aunque sea en la imagen muda que no tiene cabida en la vigilia del día.

Rilke hablaba de la desolación y la receptividad incomparables de las personas abandonadas. Aunque los ilustrados, por razones obvias, hemos de mentir en este punto vacío, pues no somos precisamente "modernos" en él, no hemos podido serlo. Es imposible separar el amor de la violencia de abrazar, y ser abrazado, por una singularidad sin equivalencia. Dos -o tres- se sienten ahí unidos por lo que nos separa: una soledad ajena que obliga a la propia, dos soledades "que se rinden homenaje" [2]. Si cada persona es única, un absoluto sin equivalencia -de ahí el "no matarás"-, eso implica que el conocimiento no alcanza a entrar en su ser. Se la ama o no, se la "acepta" o no. Y amar obliga a revivir lo que uno es sin remedio, el más íntimo ser-afuera, lo "no elegido" que es previo a nuestras elecciones y las polariza.

Un giro clave del conocimiento es el amor fati de estar a la altura del acontecimiento. El amor convierte lo que viene en tarea. Convierte el accidente en monumento, la contingencia en necesidad. De ahí el rejuvenecimiento milagroso que opera -¿recordáis al protagonista de American Beauty? El amor rejuvenece con la tensión del acontecimiento imprevisible, el "uno a uno" de la existencia, ese peligroso principio de variación que siempre hemos sentido en el eje de la vida.

Todas clase de procacidades físicas están ahora permitidas, con tal de que estén envueltas por la generosidad de la pasión. Precisamente la pornografía, aunque siempre intente simular una historia de encuentro, ha de enfocar y enfatizar los miembros, las partes, sin hacerse cargo del ser no calculable de una relación amorosa. Nada en la relación sexual está prohibido si los amantes aguantan en la soledad sin relación que el amor trabaja. Y si no hay amor, es que se "paga" por ello, de un modo u otro.

Allí donde es "imposible" la relación sexual, cuando está a punto de desvanecerse su objeto, el amor consigue afirmar una relación con lo imposible que anida en lo real. Abandonando esta íntima posibilidad de no ser, dice Agamben, abandonaríamos lo único que hace posible el amor [3]. Por eso Bataille, entre otros, insiste en la relación entre el amor y la muerte. Aunque, es cierto, con cierto exceso teatral propio de una teología invertida.

De ahí que los amantes, sin necesariamente saberlo, estén siempre un poco solos. Se les deja en paz, en principio, porque rompen la lógica mayoritaria de nuestra metafísica de oposiciones. Blanchot ha explicado esta soledad de los amantes por su relación no negativa con la muerte [4]. Igual que Resnais y Duras en Hiroshima mon amour. Habría algo asocial en el amor, como una relación con "lo desconocido sin amigos". Algo asocial por "comunista" Algo irrepetible en la positividad diurna por ser osadamente afirmativo.

Desde el romanticismo, sin embargo, es como si el amor se hubiera vuelto convulso, igual que la belleza. El amor se ha convertido en espejismo, un sueño de sombra en este mundo sin parada. Como si buscáramos en él -con el desgarramiento de India song, de Leaving Las Vegas-, fugarnos del frío radiante de esta planicie barrida por los focos.

Si el amor “llama” a lo innombrable que hay en ti, si convoca al Dasein -esa esencia que es su existencia-, trastoca la identidad civil, el refugio en una socialización que se ha convertido en omnipresente. Y si el amor es un “campo de minas” para la identidad, es normal que la humanidad occidental, con las mujeres medio integradas en la mitología masculina de lo general, tenga serias prevenciones.

Añadamos a esto un panorama general de desafecto, de progresivo silencio del prójimo. El estruendo de lo público es la cara externa del secretismo de lo privado, blindado por las tecnologías de moda. Nuestra religión de la seguridad supone un privilegio constante del lejano en detrimento del cercano. Mientras las pantallas alcanzan una alta definición, la presencia real se vuelve borrosa. No queremos relaciones directas con lo real. Y también la filosofía se ha ocupado de avalar este dogma deconstructivo.

¿Asistimos así a una soledad nueva, acristalada en una retirada del sujeto tras la “alteridad” de las nuevas prótesis? En realidad, el número febril (Zweig) de la sociedad “mundial” señala ya cómo somos, pues sólo se suman unidades empaquetadas, el mutismo conectado de seres atómicos... como los cristales de un rascacielos. Entre el clamor de lo público y la mudez de lo privado, apenas habría espacio para el comunismo del amor.

Es posible incluso que la sexualidad, hoy más o menos obligatoria, crezca en la medida en que el amor se retira. Se trata de multiplicar los contactos para evitar el compromiso. Como dice el refrán, “Un clavo arranca al otro”. Aislamiento y citas: éste es nuestro modelo, la soltería agregada. ¿Hay un voyeurismo también hacia el amor, vivimos de las parejas de los otros? Recordemos, hace diez años, aquel triste caso de un conocido político británico muerto, con una bolsa de plástico en la cabeza, en una “sesión de masturbación”. ¿Un comunista nunca está solo? Posiblemente un onanista tampoco, pero toda nuestra obscenidad masiva insiste, precisamente para garantizar su fluidez, en la relación entre promiscuidad y aislamiento. En este sentido, la “porno” es siempre muy moralista, pues cree en un sexo puro y duro. Ciertamente, sólo las sociedades puritanas pueden caer en esto: únicamente los seres abstractos, taladrados por la mercancía, pueden interactuar sin tope.

En realidad, al margen de cualquier estrategia de diseño, la seducción se arraiga en el misterio de un objeto, un estar-ahí inaccesible. El sujeto de derechos, plenamente autoconsciente, acaba con el erotismo. En este aspecto la supuesta erudición postmoderna en torno al amor, y este afán de autoconocimiento propio de la información -“Tu sexo es tuyo”-, ha dañado seriamente la posibilidad del amor. Puede haber sensualidad en la castidad; puede haber tedio en el sexo más o menos obligatorio de hoy. Tan obligatorio que uno, que tiene poco de nihilista, recuerda el emblema de Bartleby para defenderse de las obligaciones civiles: “Preferiría no hacerlo”.

Evidentemente, si la omnipresencia del sexo expresa este control de “ala variable” (Deleuze), el triunfo del surf como modelo deslizante de nuestra vigorexia, el amor ha sido víctima de la velocidad como idea fija. Ha sido herido por el pánico global al reposo, esta pérdida de “la fórmula para detenernos” (Baudrillard) que caracteriza a la sociedad del conocimiento. También acosa al amor el miedo a envejecer juntos, el temor a lesionar el narcisismo patéticamente juvenil de una sociedad que, dice Virilio, es

profundamente senil en su obsesión por la seguridad, trezada en esta dialéctica de diversión obscena y oscurantismo vital.

La lógica consumista del reemplazo constante, que nos protege de tener que ser fieles a algo innegociable, ha empujado a esta ideología del divorcio generalizado. Se consume consumo, precariedad deslizante, ansiedad ante la próxima compra, o cita... Y esto no favorece el apego, menos aún el amor. ¿El problema entre los sexos es el maltrato o más bien la violencia neutral de la indiferencia, el perpetuo "cambio de canal", la ausencia de trato?

Brotando del nuevo individualismo plural, surge también este problema: cómo encontrar "el hombre de tu vida", "la mujer de tu vida" si, aunque sólo sea por el narcisismo de la dispersión informativa, tienes ya tres o cuatro vidas. Como los gatos, pero ahora sin conexiones entre sí. Podríamos decir que la multiplicidad de opciones, la fe anímica en la mercancía, implica ya ser infiel antes ya de la primera cita. Ninguna debe darse sin salida de emergencia.

Tiene gracia que hoy, cuando tantas mujeres se liberan, algunos hombres nos empeñemos en atarnos a una vieja pasión por el prójimo, ese borroso desconocido que nos invita, sin saberlo, a una especie de fundamentalismo del afecto. Me pregunto si atrevernos a ser más "espirituales", precisamente en el punto vacío del amor, no nos haría más comprensibles, quiero decir, menos despiadados a los ojos de una humanidad para siempre exterior, que sólo posee las curvas de la tierra y de sus contingencias.

1. Rainer M. Rilke, *Cartas a un joven poeta*, Alianza, Madrid, 1980, p. 71. El mal de que haya amor, un amor incondicional es la médula de *Madre e hijo*, de Sokurov. El mismo que dice: "Ustedes los occidentales están muy solos". Véase al respecto el particular homenaje que a esta película rinde Nick Cave en "Lloré de principio a fin".

2. Rainer M. Rilke, *Cartas a un joven poeta*, op. cit., p. 76

3. Giorgio Agamben, *La comunidad que viene*, Pre-Textos, Valencia, 1996, p. 24. Según Deleuze, al igual que la mónada de Leibniz, el Dasein de Heidegger no necesita relaciones externas ("ventanas") porque toda exterioridad brota de su fondo sombrío, ya que su ser más íntimo es el ser-afuera. Gilles Deleuze, *El pliegue. Leibniz y el Barroco*, Paidós, Barcelona, 1989, pp. 39 y 107.

4. Maurice Blanchot, *La comunidad inconfesable*, Vuelta, México, 1992, pp. 45 ss.